



Capítulo 450: ¿Webs? ¡Qué divertido!

Las hojas crujían con el toque de la brisa mágica y las ramas secas se rompían bajo el peso de pasos silenciosos. Virgilio caminaba como si estuviera cruzando un campo abierto en una mañana de primavera, no un bosque maldito conocido por devorar incluso la esperanza de los vivos.

Su abrigo se balanceaba suavemente con el viento y silbaba una melodía antigua —quizás una canción infernal olvidada, quizás sólo una provocación llevada por el instinto. El sonido resonó entre los árboles como una ofensa lanzada al silencio ancestral.

"¿Detendrás eso?" Zuri silbó, enrollada alrededor de su cuello, con la voz fina pero cargada de tensión. La pequeña serpiente esmeralda se apretó un poco más, incómoda. "Literalmente estás llamando la atención sobre nosotros."



Virgilio continuó caminando, con las manos en los bolsillos y la mirada tranquila. Una sonrisa curvaba la comisura de su boca como si le divirtiera la tensión que lo rodeaba.

"Eso es exactamente lo que quiero", respondió suavemente, sin siquiera mirarla. "Esperar... es inútil. Si hay algo que valga la pena en este bosque, me encontrará. Es mejor provocar que correr en círculos como un ratón."

"Sí, claro," Zuri replicó, agitando ligeramente la cola, "porque provocar fuerzas corruptas que deforman la naturaleza siempre es una gran idea. En serio, a veces me pregunto de quién sacaste esa personalidad. No veo nada de eso en Sepphirothy."



Vergil simplemente se rió, el sonido bajo y profundo vibraba en su pecho. Sus pasos lo llevaron entre raíces nudosas y extensiones de bosque donde la luz era casi inexistente. La vegetación parecía... observar. Los viejos árboles se inclinaban como si se susurraran secretos unos a otros. Nada se movía, pero todo parecía demasiado vivo.

"¿Tienes miedo, Zuri?" preguntó arqueando una ceja, todavía silbando suavemente.

"Tengo un sentido de autoconservación," gruñó, "algo que claramente perdiste entre tu arrogancia y tu molesto aburrimiento existencial."

Vergil se rió de nuevo. Pero detrás de la sonrisa y la calma deliberada, sus sentidos estaban completamente abiertos. Él podía sentirlo. Las pulsaciones del suelo, los sonidos del silencio, las presencias ocultas. Y sobre todo... ella.

Él no miró. Él no lo demostró. Pero él lo sabía.

"Titania..." murmuró casi inaudiblemente, sólo para sí mismo.

Ella estaba allí. Acercándose con la delicadeza de una sombra sobre el agua. El disfraz era bueno —los pasos casi imperceptibles, la energía cuidadosamente amortiguada— pero Virgilio era nieto del propio rey del disimulo. Nada escapó a su percepción cuando decidió prestar atención.

Estaba a poco más de un kilómetro de distancia, saltando de rama en rama, escabulléndose entre los árboles como un reflejo. Camuflado por las hojas rojas, flotando en zigzag, siguiendo su progreso.

Siguió caminando como si no lo supiera. Pero su sonrisa se amplió.





"Ella todavía te sigue, ¿verdad?" Zuri preguntó, notando su repentino cambio de humor.

"Un kilómetro y veintitrés metros," Vergil respondió como si informara del tiempo. "Escondido entre las secuoyas muertas. Ella piensa que es inteligente."

Zuri suspiró. "¿Y vas a fingir que no lo sabes?"

"Por ahora."

Apartó una rama que parecía pulsar, como si tuviera carne debajo de la corteza. El bosque circundante comenzó a distorsionarse. Troncos en ángulos imposibles. Hongos que se movían ligeramente, como si respiraran. Viñas que se susurraban unas a otras con voces demasiado bajas para ser escuchadas.



Virgilio lo ignoró todo, como si caminara por un jardín exótico.

"Sabes que ella intentará detenerte, ¿verdad?" Zuri murmuró. "Ella no confía en ti. Ella te odia. Y ella es muy poderosa."

"Ella no detendrá nada," dijo Vergil con confianza. "Ella quiere salir de aquí. Igual que yo. Ella simplemente no sabe cómo... todavía."

Levantó la mano derecha y trazó un pequeño círculo en el aire. Una chispa negra apareció en el centro y se rompió en partículas carmesí. Fue una invitación. Una señal. Un mensaje claro para todo lo que estaba mirando: "Estoy aquí. Y no tengo miedo de nada de lo que respira en esta tierra."

A lo lejos, entre las sombras, los ojos de Titania se entrecerraron.

Ella vio el gesto. Y apretó los dientes.

Virgilio volvió a sonreír. "Siéntase libre de presentarse, Su Majestad... pero sólo si viene sin hacer un berrinche."

Zuri giró ligeramente la cabeza, intentando captar más señales.

"Hay algo más grande que viene... desde la dirección opuesta. Lento. Pero fuerte." Y luego añadió, un poco más vacilante: "No es propio de ella..."

"Lo sé." Vergil hizo una pausa por un momento y miró a su alrededor. "Este bosque tiene más de un secreto. Y hoy... los voy a descubrir todos."

Luego comenzó a silbar de nuevo. La misma melodía, ahora un poco más baja, pero aún distinta.

Titania apretó los puños cuando escuchó el sonido.

Ese maldito silbato... fue como una llamada.

Y odiaba cómo su cuerpo respondía a ello.

Los pasos de Virgilio disminuyeron cuando el olor en el aire cambió. El olor húmedo y pútrido del bosque dio paso a algo más seco... más antiguo. Como polvo antiguo mezclado con óxido y piel muerta.

Zuri, todavía envuelto alrededor de su cuello, dejó de mover la cola. Sus ojos dorados se entrecerraron.





"Virgilio... parar."

Él se detuvo. No por miedo, sino por respeto a la voz de advertencia de Zuri. Él también lo sintió. Un escalofrío sutil, no por frío, sino por anticipación. La vegetación que había delante se volvió más opaca. Los colores se desvanecieron como un cuadro viejo y el verde de las hojas desapareció, reemplazado por ramas secas y retorcidas.

"¿Algo cercano?" preguntó, sabiendo ya la respuesta.

Zuri asintió lentamente, sus ojos escanearon el entorno. "No sólo una cosa. Varios. Y grande. Están inmóviles... pero no muertos."

Virgilio apartó algunas hojas secas y luego lo vio.

El bosque frente a él parecía haber sido tragado por una tormenta de nieve hecha de seda. Troncos enteros de árboles estaban envueltos en gruesas redes. Las ramas parecían brazos extendidos, cada uno envuelto como si algo las hubiera momificado. Cuerdas de telaraña colgaban como campanas enfermizas, balanceándose con el viento con un crujido casi musical. Fue como entrar en otro mundo —un santuario silencioso de cazadores ocultos.

Virgilio soltó un silbido, esta vez breve, con admiración. "Qué lugar tan bonito..."

Zuri no compartía el mismo entusiasmo. "Es un coto de caza. Un territorio marcado. Esto de aquí... esto de aquí es un nido entero."





"¿Cuáles son las posibilidades de que haya una reina cerca?" Vergil preguntó con una sonrisa ansiosa, casi como un niño entrando en un laboratorio prohibido.

Zuri cerró los ojos por un segundo. "Todos ellos," dijo amargamente. "Absolutamente todos."

Vergil dio dos pasos hacia adelante y frotó con los dedos una de las telarañas. El hilo era tan grueso como un dedo humano y tan fuerte como la cuerda de un barco. Tiró suavemente y la vibración atravesó la red hacia el bosque como una llamada.

"Ah, esto va a ser divertido", murmuró.

"Estás enferma", siseó Zuri, agarrándole el cuello como si eso la protegiera. "Nadie en su sano juicio quiere saber qué hace que redes como estas."



Virgilio miró hacia arriba. Las copas de los árboles estaban completamente cubiertas por una espiral translúcida de hilos, creando una especie de techo brillante. Pequeñas conchas de insectos —o quizás pequeños animales— colgadas entre los hilos. Como ofrendas. O trofeos.

"Quizás..." dijo, sonriendo con macabra diversión, "estoy a punto de conocer una nueva raza."